Una revolución democrática se palpa entre nosotros. Todos la ven, pero no todos la juzgan de la misma manera. Unos la consideran como una cosa nueva y, tomándola por un accidente, creen poder detenerla todavía; mientras otros la juzgan indestructible, porque les parece el hecho más continuo, el más antiguo y el más permanente que se conoce en la historia.

El desarrollo gradual de la igualdad es un hecho providencial... y todos los acontecimientos como todos los hombres han servido a su desarrollo ¿Sería sensato creer que un movimiento social que viene de tan lejos puede ser suspendido por una generación? ¿Se piensa acaso que después de haber destruido el feudalismo y vencido a los reyes, la Democracia retrocederá ante los burgueses y los ricos? ¿Se detendrá ahora que se ha vuelto tan fuerte y sus adversarios tan débiles?

—Alexis de Tocqueville

Francisco C. Weffort

Democracia y revolución

El único camino hacia el renacimiento pasa por la escuela de la propia vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.

Rosa Luxemburgo

Un asesor americano preguntaba: "¿por qué democracia, por qué no revolución?" Habría sido fácil responderle que la pregunta, formulada así, surgía de un equívoco. Democracia y revolución no son conceptos mutuamente excluyentes. Y con ello nos habríamos ahorrado —a mí y al eventual lector— este largo recorrido sobre las vicisitudes de la transición política brasileña.

El problema, sin embargo, no es sólo de conceptos, sino sobre todo de historia. Quiero decir: el problema es de la historia real. Nadie hace democracia (ni revolución) en el plano de los conceptos. Y la historia real es la historia del presente, del aquí y del ahora.

Los equívocos sobre democracia y revolución no son sólo de nuestro interlocutor americano. Son también de la tradición brasileña, de la que forma parte la izquierda. Es en la búsqueda de una perspectiva nueva en lo que hemos de trabajar ahora. Y es en este espíritu en el que presento al lector las páginas que siguen.

I. REVOLUCIONES DE LA LIBERTAD

Nuestro interlocutor americano separa la revolución de la democracia como al diablo de la cruz. Habría que recordarle que en 1959 —año I de la revolución cubana que el gobierno de los Estados Unidos habría de reprimir, como ya lo hiciera con las demás, antes de ella— Hannah Arendt escribió un libro para recordar a los americanos que su democracia nació de una revolución. El recordatorio también debería dirigirse a los revolucionarios. Es que Hannah Arendt va más allá. Ella busca también los perdidos orígenes revolucionarios de las democracias inglesa y francesa, así como los orígenes democráticos de la revolución rusa.

Las interpretaciones que presenta son tan discutibles como otras cualesquiera. Pero se apoya en hechos indiscutibles cuando afirma el carácter radicalmente democrático de las revoluciones. Todas las revoluciones —cualquiera que puedan haber sido las sinrazones autoritarias de los gobiernos y regímenes a que dieron origen— nacen de una lucha contra la tiranía. Todas las revoluciones, dice Hannah Arendt, tienen como motivo esencial la conquista de la libertad.

La afirmación es incuestionable, pero aun así puede sonar sorprendente. Un revolucionario notable decía, por ejemplo, que "nada es más autoritario que una revolución". Y muchos de nosotros estamos tan acostumbrados a pensar que las revoluciones sólo se hacen contra la miseria que nos olvidamos de que la mayor parte de los países del mundo está dominada por oligarquías privilegiadas que imperan sobre masas miserables para las cuales el mayor sueño posible es el pan del día siguiente y sólo eso.

Quien sólo puede concebir la revolución que nace de la miseria y cae en la dictadura, se olvida de lo que es obvio: No hay nada más autoritario que las tiranías contra las que se hacen

las revoluciones. Las revoluciones también reclaman el pan, pero jamás ocurrirían si no quisieran la libertad.

¿LIBERTAD VERSUS IGUALDAD?

La libertad, motivo esencial de las revoluciones, es también el principio que lleva a muchos al desencanto. No se trata de una paradoja, sino de problemas reales a los que se debe hacer frente. Y hacerles frente tanto en el plano de los conceptos como —más importante aún— en el plano de la historia real.

Es muy común colocar la cuestión de las relaciones entre democracia y revolución como algo que se traduce en la cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo. No es así como yo veo el asunto. En el mundo moderno hay revoluciones que no son socialistas y hay regímenes socialistas que no tienen origen revolucionario. Pero acepto la "traducción" como punto de partida por la muy sencilla razón de que es así como aparecen las cosas en el debate político de la actualidad.

Y si se trata de tomar un punto de partida, nada mejor que recurrir a algunas anotaciones de Norberto Bobbio sobre el tema de las relaciones entre socialismo y democracia. Dice el filósofo italiano que en esta cuestión nos hallamos "con una situación que podría resumirse algo drásticamente en estos términos: o capitalismo con democracia o socialismo sin democracia".¹

Advierto, desde luego, que sería equivocado sacar de una sola frase conclusiones sobre el pensamiento de un autor. Bobbio es tan lúcido en el análisis de las dificultades de la democracia y del socialismo como entusiasta en la disposición de enfrentarlas. "Si el socialismo es difícil —dice—, la democracia es todavía más difícil." Pero su visión de las dificultades va mucho más allá de comprobar una situación en la que algunos podrían leer, interesadamente, una condena al socialismo y una apología del capitalismo.

Su afirmación "drástica" que establece "o capitalismo con democracia o socialismo sin democracia" tiene la intención de lanzar un reto propositivo a los socialistas que creen en la democracia. Es una provocación en el mejor sentido de la palabra. No a los socialdemócratas, pues éstos ya resolvieron hace mucho tiempo su problema optando por el capitalismo, apenas atenuado por el *Welfare State* (Estado del Bienestar), sino un reto para los socialistas que saben que las revoluciones nacen para la libertad y mantienen su fe en el sentido original del socialismo.

Pero la verdad es que, sacada de su contexto, la frase suena "drásticamente" como comprobación de una realidad inmutable de nuestra época. Tanto más cuanto que el propio autor observa seguidamente que la experiencia histórica enseñaría que los sistemas socialistas no han llegado a transformarse en sistemas políticos democráticos ni se conocen casos de sistemas capitalistas que se hayan transformado en sistemas socialistas por métodos democráticos. Tomada en esos términos, la proposición podrá ser admitida tanto por los adeptos del capitalismo (o por los socialdemócratas) como por socialistas que sólo pueden imaginar el socialismo con dictadura.

Un socialista autoritario podría responder fácilmente: muy bien, si no hay paso al socialismo a través de la democracia, ¿por qué habríamos de apegarnos a ella? Si la democracia no conduce a la transformación de la sociedad, puedo concluir que contribuye a mantener la desigualdad y la explotación. En este caso sería un instrumento del que se valen los que se benefician del *statu quo* del capitalismo, no un valor general. Si el sentido de la libertad es la realización de la dignidad humana, ¿cuál es el valor de una democracia que ayuda a mantener a la mayoría de los hombres en una condición indigna?

El adepto del capitalismo (y el socialdemócrata) tomaría la pregunta por el otro extremo. Si

¹ Bobbio, Norberto, *Qua/e Socialismo?* Editora Einaudi, Italia, 1976, p.18

no hay paso del socialismo hacia la democracia, ¿por qué habríamos de apegarnos a él? Si el socialismo no se puede disociar del autoritarismo, puedo concluir que contribuye a mantener la dominación y la opresión. En este caso sería un instrumento del que se valen los burócratas de la "nueva clase", no un valor general de todos los trabajadores. Si el sentido de la libertad es la realización de la dignidad humana, ¿cuál es el valor de un socialismo que ayuda a mantener a la mayoría de los hombres en una condición de sumisión y, por lo tanto, de indignidad?

Pido al lector que comprenda que no se trata aquí sólo de especulaciones en torno a una frase sacada de su contexto. Sin temor a exagerar, yo diría que problemas como éstos aparecen en el cotidiano quehacer político, siempre que hayan de tomarse decisiones importantes. Si ahondamos más en la discusión, llegaremos al tema clásico de las relaciones entre la libertad y la igualdad. La cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo está en cómo combinar estos dos valores básicos del mundo moderno. Y el problema que plantea Bobbio es, a mi modo de ver, el de cómo pueden los socialistas seguir siendo demócratas y revolucionarios.

REVOLUCIONES Y REGÍMENES POSREVOLUCIONARIOS

En su aparente claridad, el problema, tal como suele plantearse, entraña algunos equívocos que convendría despejar. Hay quien se decepciona con el autoritarismo tan frecuente en los regímenes de origen revolucionario y acaba perdiendo la claridad sobre la naturaleza del propio fenómeno revolucionario. Si muchos regímenes posrevolucionarios son autoritarios, se pretende que también lo hayan sido las revoluciones que les dieron origen. En esos casos, la decepción ante estos regímenes está a un paso de la decepción ante la propia revolución. Y de ese modo se va con rapidez hacia una rígida separación entre democracia y revolución, en detrimento de ambas.

Un primer punto a señalar es que el autoritarismo de los regímenes salidos de revoluciones no es, en modo alguno, cosa exclusiva de los regímenes socialistas. Con la posible excepción de la revolución de la independencia de los Estados Unidos, ningún país que haya hecho su revolución dejó de pagar su cuota de autoritarismo.

Quien lo dude, recuerde, para situarnos sólo en los ejemplos clásicos, que el régimen posrevolucionario en Francia implicó a dos Bonapartes y una guerra de alcance continental, sumergiendo al país en una fase de inestabilidad y autoritarismo que habría de durar hasta 1871. Es decir, cerca de ochenta años. En Inglaterra, la revolución de 1642 iba a abarcar episodios como el de que el propio Cromwell entrara a caballo en el Parlamento, decapitara a un rey y abriera un periodo en el que tendríamos una dictadura militar y más tarde una situación de inestabilidad que sólo se resolvería más de cuarenta años después, en la segunda revolución, la de 1688. A pesar de todo eso, ¿podríamos concebir la democracia francesa sin la Revolución Francesa? ¿O la democracia inglesa sin las revoluciones inglesas?

No es mi función en este lugar acallar conciencias socialistas decepcionadas. Menos aún buscar racionalizaciones que suavicen el injustificable autoritarismo visible en muchos países socialistas. Sólo pretendo que se reconozca lo obvio: una cosa es, por ejemplo, la revolución rusa y otra el régimen que siguió. El sistema del partido único, para no salirnos del ejemplo, no es invento de la revolución, que fue pluripartidista, sino del régimen. Tan es así que ni el mismo Stalin, que a pesar de todo fue hombre de la revolución, pretendió instituir el partido único en principio constitucional. Esto le cupo a un hombre típico del régimen, Brezhnev. Y en cuanto a los soviets de la revolución, eran instituciones libres, inspiradas en principios de la democracia directa, no la caricatura de parlamento representativo que hizo de ellas el

régimen.

Las revoluciones son fenómenos democráticos, y confundirlas con el autoritarismo de los regímenes posrevolucionarios tiene poco que ver con la historia. El autoritarismo posrevolucionario va ligado a dos problemas a los que toda revolución acaba por enfrentarse. El primero es el de construir un nuevo Estado. El segundo es el de abrir la vía hacia una nueva democracia al construir un nuevo Estado. Son precisamente las dos condiciones de las que hablaba Madison. Son dos puntos sobre los cuales todavía tiene mucho que desarrollar la teoría política socialista, estando como está —según afirma con acierto Norberto Bobbio en sus ensayos sobre el socialismo— mucho más preparada para pensar en los procedimientos para tomar el poder que en su ejercicio.

Pero regresemos al reto propuesto por Bobbio y reconozcamos que tiene toda la legitimidad de un estímulo a la reflexión. Pretende estimular progresos en el pensamiento socialista, no la consagración de una esclerosis de nuestra época. Por eso mismo es posible superarlo. México pasó por una revolución, que además fue la primera de este siglo, y es dirigido hasta hoy por un partido —el Partido Revolucionario Institucional (PRI— que ocupa una línea de descendencia directa del Partido de la Revolución Mexicana (PRM). ¿Habría por eso alguien dispuesto a establecer que el capitalismo mexicano está condenado a regímenes políticos que jamás cumplirán la regla democrática de la alternancia en el poder? Son mayoría en el mundo contemporáneo los países capitalistas gobernados por regímenes autoritarios. Y no por ello hay mucha gente dispuesta a afirmar que esto ocurre en función de características intrínsecas del capitalismo.

Lo que se ha de reconocer, otra vez con Bobbio, es que "si el socialismo es difícil, la democracia es todavía más difícil". En Brasil tuvimos en 1964 un golpe de Estado, no una revolución, y estamos todavía hoy, cumplidos ya veinte años, en busca de caminos para definir un nuevo Estado y una nueva democracia. Y aquí mismo, en este Brasil desde siempre capitalista y casi siempre autoritario, no faltan, evidentemente, los que pretendan ver en el socialismo características que lo obligarían a vivir bajo regímenes autoritarios para toda la eternidad. Si queremos realmente la democracia, ya sería tiempo de dejar a un lado ciertas supersticiones.

Todos conocemos la existencia de procesos de democratización que están en curso en los países socialistas. Pueden llevarse mucho tiempo hasta que se llegue a la democracia. Pero no por ello son de despreciar. En fin de cuentas, aún no ha terminado la historia. Así como el capitalismo no ha de ser necesariamente democrático, tampoco el socialismo ha de ser necesariamente autoritario.

El reto que hemos extraído de las páginas de Bobbio vale para los dos lados. Es él mismo quien dice: "No nos engañemos: los peligros que amenazan a la democracia en una sociedad capitalista son los mismos que amenazan o amenazaron al proceso de democratización en una sociedad socialista".² En otras palabras, la cuestión de la democracia en el mundo contemporáneo es una cuestión general. Lo que se ha de hacer es perfeccionar la teoría de la democracia y seguir la lucha.

REVOLUCIONARIOS Y REFORMISTAS

Lo que más importa discutir, sin embargo, es la afirmación de que ninguna democracia pasó jamás al socialismo. Es una verdad que la historia comprueba. ¿Valdrá por eso como ley de hierro, destinada a durar para todo el tiempo? El vínculo que se pretende establecer entre capitalismo y democracia ¿no significaría atribuir a ésta un carácter necesariamente conservador?

² Bobbio, op. cit., p. 20.

El problema está muy cercano a la célebre consigna de Bernstein, el padre fundador del reformismo socialdemócrata: "El movimiento lo es todo, el fin no es nada". En otras palabras, en los países democráticos la política de los trabajadores se reduciría a introducir reformas en el capitalismo. La transformación del capitalismo en socialismo sería una ilusión que convendría dejar definitivamente de lado.

Un cierto revolucionarismo, voluntarioso e ingenuo, diría lo contrario: el movimiento no es nada, el fin lo es todo. No hay reformas que hacer, lo único que importa es preparar el día en que los trabajadores —o alguien por ellos, lo que es más probable— llegarán al poder.

La idea de que sólo hay reformas por hacer es tan engañosa como la de que sólo hay que prepararse para tomar el poder. Viendo los hechos en su fría realidad, ningún reformista se limita a hacer reformas. También él tiene responsabilidades para con la marcha general de las cosas en la sociedad y en la economía.

Para echar mano del ejemplo clásico, el de los partidos socialdemócratas, no es verdad que se dediquen sólo a realizar reformas, en beneficio de la clase obrera o de quien sea. La mayor parte del tiempo se dedican a la administración del conjunto de la sociedad y de la economía capitalista. No es verdad, por tanto, que "el movimiento lo sea todo y el fin no sea nada". Es que el fin, que antes era el socialismo, se ha convertido en la modernización del capitalismo, y por ello el movimiento ha cambiado de naturaleza. La gran diferencia entre reformistas y revolucionarios no está sólo en la cuestión de cómo articular los medios y los fines, sino en saber cuáles son los medios y cuáles son los fines.

La ojeriza de ciertos revolucionarios por las reformas es también una falsedad que la historia desmiente. Ciertos derechos de los trabajadores, hoy prácticamente universales, como la jornada laboral de ocho horas o el sufragio universal, habrían sido imposibles sin la participación revolucionaria. La reforma agraria —incluida en cualquier programa revolucionario que se precie, por lo menos en América Latina— ¿qué es, si no una reforma? Lo que distingue a un revolucionario de un reformista frente a las reformas necesarias es que aquél lucha por que las conquistas parciales sirvan a la organización de los trabajadores en busca de un cambio de alcance general de la sociedad. Lo que le preocupa esencialmente no es administrar la sociedad tal como está, sino hallar caminos para transformarla.

Cierto revolucionarismo ingenuo sueña en la revolución como en un momento después del cual nada será como antes. Sería una especie de gran catarsis colectiva. Sería un nuevo inicio para la historia, que aboliría todo el pasado, permitiendo a los revolucionarios organizar una nueva sociedad como si escribiesen en un cuaderno en blanco. Quien se dedique a estudiar las revoluciones sabe que en este sueño quizá haya un grado de realidad pero, con toda seguridad, mucho de ilusión.

No se conoce ninguna revolución que haya cambiado a la sociedad de la noche a la mañana. Lo que sucede es que las revoluciones crean condiciones políticas para que cambien las sociedades. En la Francia revolucionaria, los campesinos adquirieron el derecho a la propiedad de la tierra, pero la nobleza propietaria siguió allí, y por mucho tiempo. Después de una revolución se modifican las condiciones de vida del pueblo, pero eso ocurre mucho más despacio de lo que se cree. La diferencia está en que el pueblo sabe que las cosas están cambiando hasta porque participa en los cambios. Pero así como ninguna sociedad se transforma de un día a otro, tampoco sociedad alguna se transforma globalmente, de una sola vez, en todas sus partes. Ahora bien, ¿no es de eso, precisamente de cambios parciales y graduales, de lo que se trata cuando se habla de reformas?

La diferencia, cuando se habla de reformas en el marco de una revolución, es la participación del pueblo en la dirección del proceso. Es decir, la diferencia es la democracia. Si es de eso de lo que se trata cuando se mencionan las reformas en el marco de la revolución, con más razón aún cuando se habla de la posibilidad de transformar la sociedad a través de la democracia.

La diferencia está en la participación popular en los cambios. Significa luchar para crear en el marco de la democracia, así como con carácter parcial, los procesos de participación que son típicos de una revolución. Es decir, para quien quiere de veras cambiar la sociedad, el camino es más participación, o sea más democracia, y no menos.

A fin de cuentas no debería causar tanta sorpresa el que los revolucionarios tomen el camino de la democracia. Las revoluciones y las democracias son modos con los que el pueblo trata de poner su destino en sus propias manos. "Todo el poder emana del pueblo y será ejercido en su nombre." El principio que sirve de fundamento a todas las constituciones democráticas es el mismo que inspira los procesos revolucionarios. En ambos casos, lo que está en juego son los cimientos del poder, esto es, de la organización política de la sociedad. ¿Por qué habría de sorprendernos que si se tocan los cimientos políticos de la sociedad alcancemos también sus cimientos sociales y económicos?

¿REVOLUCIÓN = VIOLENCIA?

Pero a pesar de todo subsisten los equívocos en las acostumbradas definiciones de la democracia y de la revolución. En la primera suele destacarse una competencia pacífica por el poder, y en la segunda el carácter violento de la lucha. No es una distinción baladí, pero tampoco tiene toda la importancia que por costumbre se le atribuye. Ya deberíamos saber lo bastante sobre las contiendas políticas entre las oligarquías de América Latina como para dejarnos impresionar por distinciones de este género. Sabemos que entre las oligarquías hay peleas pacíficas por el poder que no son democráticas. Y también hay innumerables peleas violentas que no son revolucionarias. Desde luego no pretendo negar que las revoluciones tienen su cuota de violencia. Pero insisto en que no es la violencia lo que las define.

La violencia que surge en las revoluciones va en razón directa de la violencia ejercida por el régimen que derriban. Es la insurrección popular. No es, como piensan algunos, una violencia que se pueda programar. Es un fenómeno de masas que explota ante la acción de circunstancias imprevisibles y que se generaliza en el combate contra los agentes de la represión. Nadie puede programar una insurrección. Las insurrecciones ocurren, y los primeros sorprendidos por ellas son los mismos revolucionarios. Tan imprevisible es su acontecer como lo es la caída del régimen tiránico contra el que se dirigen.

Una rajadura abre el paso de las aguas. Pero sólo en algún caso habrá sido hecha con esa intención. La Revolución Francesa comenzó con presiones venidas de la nobleza, y la Revolución Rusa con manifestaciones de rebeldía de los sectores liberales, tradicionalmente acomodados. Es una rajadura más en el edificio del poder. Puede suceder además un movimiento de las masas de París o una huelga en Petrogrado. Son, sin embargo, manifestaciones iguales a tantas otras que el régimen encaró anteriormente y reprimió con éxito. A la hora en que están sucediendo las cosas, no hay manera alguna de saber si tales presiones son mayores o menores que las otras muchas sufridas por un régimen autoritario a lo largo del tiempo, como parte "normal" de su existencia. Sólo más tarde es cuando se va a comprender que aquello que parecía un topetazo más contra un poder inexpugnable fue en realidad "un puñetazo dado a un paralítico".

El poder se había podrido. Algunos revolucionarios —me refiero a algunos en particular que no participaron en revolución alguna y que además leen poco sobre su historia— gustan de hablar de la destrucción del Estado, dando a entender que se trataría, sobre todo, de un acto de voluntad. No es así de sencillo. Son más frecuentes en la historia los casos en que los Estados se pudren en el curso de un largo proceso de desgaste, de corrupción y de violencia, que los casos en que son destruidos por la acción externa de políticos conscientes de ese propósito. Los regímenes autoritarios y tiránicos acumulan contradicciones y problemas a lo

largo de decenios. Al final acaban enteramente carcomidos. En ciertos casos, por lo menos, no es que la revolución empiece por destruirlos. Es porque en determinado momento revelan que están podridos por lo que empieza inesperadamente la revolución. El trabajo de los revolucionarios en tales casos consiste en poner fin a una obra de destrucción ya muy avanzada. Y a renglón seguido, su primera misión es precisamente la de construir un nuevo Estado.³

Este tipo de procesos de crisis de poder puede preverse en sus líneas generales. Los revolucionarios que realmente participaron en revoluciones suelen decir, y con razón, que las mismas ocurren cuando los de arriba ya no tienen capacidad para seguir gobernando y cuando los de abajo ya no soportan el sojuzgamiento que padecen. Es verdad. Pero los ejemplos históricos demuestran que es mucho más fácil percibir la segunda condición que la primera. Las señales de que los de abajo ya no soportan el sojuzgamiento son muchas y además son públicas. Son protestas masivas, explosiones de violencia. Y cuando no son públicas, de todos modos son visibles en los índices estadísticos de desempleo, miseria, degeneración de la fuerza de trabajo, mortalidad infantil, etcétera. Más difícil es evaluar los procesos de degeneración que afectan a quienes están en el poder y que los vuelven incapaces para seguir gobernando.

Lenin, que sabía de estas cosas, meditaba en Zurich, Suiza, en enero de 1917, si los "más viejos", como él mismo se sentía a los 46 años, estarían vivos aún para asistir a la "segunda ola" de la revolución. La primera, como se sabe, había ocurrido en 1905, doce años antes. La "segunda ola" empezó, inesperadamente, seis semanas después. Era el sueño mayor de su vida, pero ¿cómo prever el momento?⁴ El poder zarista, que tampoco podía saber, reacciona ante las manifestaciones populares con un impulso que ya no es capaz de sustentar. Reacciona con la violencia acostumbrada y provoca con ello una violencia mayor que ya es incapaz de reprimir. Empieza a rodar la bola de nieve del proceso revolucionario. Así, las revoluciones son hechas por el pueblo. El papel de los revolucionarios está en reconocerlas y, si tienen, como Lenin, talento suficiente, dirigir las.

Es importante sobre todo recalcar aquí: la violencia es un aspecto de la revolución, no su esencia. Lo que la define es el surgimiento brusco y recio del pueblo en el escenario político. Si la democracia ocurre cuando el pueblo es partícipe de mecanismos cuya legitimidad reconoce, la revolución ocurre cuando el pueblo crea en las calles, por sus propios medios, su propio poder. Lo que asusta con frecuencia y ha asustado siempre no es la violencia de las revoluciones sino la violencia de los regímenes que nacen de ellas. Lo que asusta no es la violencia del pueblo contra la tiranía, sino la violencia que regímenes salidos de la revolución acaban ejerciendo con demasiada frecuencia contra una parte, por lo menos, de sus propios fundadores.

Tanto el autoritarismo de los regímenes posrevolucionarios como la violencia que se ejerce en su seno tienen más que ver con la fragilidad o incluso la ausencia de instituciones políticas

3 En la descripción que antecede me apoyo en dos casos que considero clásicos, la Revolución Francesa y la Revolución Rusa. La aplicación de esa descripción a las revoluciones que conocemos en el Caribe y en América Central no sería posible sin algunas modificaciones. Pienso, sin embargo, que lo esencial se conserva. La formación de grupos o incluso de ejércitos guerrilleros no era rara en aquellas regiones y en otros países latinoamericanos aun antes de la Revolución Cubana. Y creo que ese fenómeno corresponde a lo precario de las estructuras estatales tradicionales en aquellos países. La degeneración del Estado bajo Batista y Somoza es tan evidente como en la República Dominicana bajo Trujillo, en Guatemala desde Castillo Armas o actualmente en El Salvador. Si la formación de grupos de guerrilla precede a los momentos más agudos del proceso de degeneración, también es verdad que la conversión de esos grupos en ejércitos es, en gran parte, resultado de esa degeneración y respuesta a ella. El desarrollo de los ejércitos guerrilleros, y por tanto la victoria de la revolución, sólo se hacen posibles con la adhesión de la población en escala masiva. Para comprobar esta afirmación existen en sentido positivo los casos de Cuba y de Nicaragua y en sentido negativo un gran número de trágicas derrotas de la revolución en muchos países de América Latina.

4 E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, Pelican Books, Gran Bretaña, 1966, p. 80

heredadas del régimen anterior que con el impacto de la revolución como tal. Por el contrario, se puede afirmar que cuanto mayor sea la participación popular en la revolución, tanto menor será la violencia subsiguiente. Del mismo modo, cuanto más fuertes sean las instituciones populares que existían, tanto menor será el autoritarismo. Lo cual significa: cuanta mayor democracia exista antes, tanta mayor democracia habrá ahora y después.

II. POR UNA DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA

El sentido de la lucha de los revolucionarios en Brasil está en contribuir a la creación de la democracia. Voy más lejos: el sentido de la revolución en Brasil está en crear la democracia. ¿Será socialista esa democracia? Es lo que yo espero. Y me alinee entre los que luchan por que llegue a ser así.

Los errores heredados de la tradición conservadora y que condenan a la democracia a una función meramente instrumental hay que tirarlos sencillamente al cesto de la basura de la historia. La democracia fue y ciertamente sigue siendo un instrumento en el mismo sentido en que un derecho es un instrumento para quien reclama su aplicación. Lo cual, según se sabe, no elimina el carácter general del derecho. Antes, por el contrario, lo reafirma.

No creo que en el mundo haya ningún obrero dispuesto a renunciar al derecho de *habeas corpus*, aun a sabiendas de que en su origen fue instrumento de la aristocracia y después de la burguesía contra el absolutismo. Es que hoy —y desde hace mucho tiempo— el *habeas corpus* ha llegado a los obreros y está inscrito entre los derechos humanos, adquiriendo por ello valor universal.

La democracia fue en algún momento de la historia de Europa un instrumento de la aristocracia contra el absolutismo monárquico. Se volvió después instrumento de la burguesía contra la aristocracia. Y es ya desde hace algún tiempo —como democracia representativa y democracia directa— instrumento del proletariado y de las masas populares contra la burguesía.

Razonar sobre la democracia según la conocemos en el mundo moderno como si sólo fuese fruto de artimañas de las clases dominantes es algo más que dar pruebas de ignorancia sobre la historia política moderna. Es ignorar la historia de las luchas obreras y populares. Más grave aún: es entregar graciosamente a las clases dominantes unos avances democráticos que son de los obreros, ya sea "por adopción" como el *habeas corpus* o bien por conquista como el sufragio universal. ¿Por qué es la democracia un valor universal? Por la muy sencilla razón de que sus conquistas, después de haber llegado a los obreros, pasan a ser respetadas para todos los hombres. Y adonde no han llegado es preciso que lleguen. Y si son insuficientes, son también la base para avances que deben lograrse.

Si alguien ha de renunciar a la democracia, ciertamente no son los de abajo. "La democracia", como muy bien dice Norberto Bobbio,

es subversiva. Y es subversiva en el sentido más radical de la palabra, porque donde llega subvierte la concepción tradicional del poder, tan tradicional que es considerada natural, según la cual el poder —sea el poder político o el económico, sea el poder paterno o el sacerdotal— viene de arriba hacia abajo.⁵

No por casualidad decía Rosa Luxemburgo que "las formas democráticas de la vida política de cada país realmente encierran los cimientos más valiosos e incluso los más

⁵ Bobbio, op. cit., p. 53

indispensables de la política socialista".⁶

¿CUAL DEMOCRACIA?

Quien sea capaz de percibir el sentido democrático de una revolución no deberá tener dificultad para percibir también el sentido revolucionario de la democracia. Si en vez de hablarse tanto de la violencia de las revoluciones y del carácter pacífico de las democracias, dedicáramos mayor atención a los mecanismos de participación popular, quizá quedarían más claras las diferencias y las relaciones entre unas y otras.

Lo que distingue esencialmente a una revolución no es la violencia sino el predominio de los mecanismos de la democracia directa sobre los mecanismos de representación. En la Revolución Rusa el momento decisivo fue aquel en que el eje de los acontecimientos pasó de la duma (o parlamento) a los soviets, o sea a los consejos de trabajadores. En la Revolución Francesa la presión de los "clubes" y en especial la de las masas de París sobre la asamblea dan ejemplos del mismo fenómeno. En una democracia las Fuerzas Armadas son "el pueblo en armas" en el sentido de que son obedientes a instituciones que representan al pueblo. En una revolución, las milicias son "el pueblo en armas" sin mediación del sistema representativo. Habría otros muchos ejemplos.

Esta es la gran diferencia entre una democracia y una revolución. En la primera, al prevalecer el sistema representativo se hace inevitable la separación del hombre en productor y ciudadano. El fenómeno es tan visible en las democracias liberales bajo hegemonía burguesa como lo será en cualquier democracia socialista. Es posible elevar mucho los niveles de participación popular a través de mecanismos inspirados en la democracia directa, pero la exigencia del sistema representativo permanece predominante en cualquier democracia. Y no sólo por razones políticas sino sobre todo por razones económicas.

La revolución es una situación en que los hombres —en todo caso un gran número de ellos— se convierten en hombres públicos. Esto significa que mientras subsiste la revolución el productor se convierte en ciudadano de tiempo completo. Es, por lo tanto, el predominio de la democracia directa. Esta, con todo, no puede durar mucho tiempo, so pena de que la sociedad y la economía dejen de funcionar.

Hablo de predominio de la democracia directa en las revoluciones, no de exclusividad. Aun en los momentos de más intensa participación popular tiene que seguir funcionando por lo menos una parte de las actividades productivas y sobre todo de los servicios. Aun en los momentos más decisivos tampoco todos pueden estar todo el tiempo en las calles y en las plazas públicas. Además, aunque fuese posible parar totalmente la economía sin que la sociedad sucumbiese, no sería prácticamente posible la participación directa de todos. Ya no estamos en las ciudades de la Grecia clásica donde todos los ciudadanos podían ser convocados en la plaza del mercado. En la Revolución Rusa, por ejemplo, los soviets eran evidentemente instituciones de democracia directa. Pero tampoco por ello excluían el principio representativo. Los soldados, los obreros y los campesinos se hacían representar por medio de diputados.

LOS RIESGOS DE LA USURPACIÓN

Lo peor que puede ocurrir cuando se discuten las relaciones entre la democracia directa y la democracia representativa es considerar alguna de ellas como excluyente. No es así, ni en las revoluciones ni en las democracias que realmente existen. Y donde surge la exclusión de uno de los principios, se vuelve inevitable la usurpación del poder. En vez de pensar en

⁶ Rosa Luxemburgo, *Obras escogidas*, t. II, Editorial Pluma, Colombia, p. 241.

contraponer la representación a la participación directa habríamos de estudiar, por el contrario, mecanismos que permitan a los dos principios complementarse.

Exaltar el principio representativo acarrea riesgos conocidos. Uno de ellos, quizá el más frecuente, consiste en que el representante se apodera de un mandato que, no obstante ser público, es ejercido como si fuera una propiedad personal. Es lo que más se ve por ahí. ¿Quién no conoce por lo menos a un representante del pueblo que, una vez electo, se dirige a ese pueblo como si fuese, no su representante, sino su amo?

De ello tenemos un claro ejemplo hoy en Brasil. Después de muchas e inequívocas manifestaciones de la opinión pública en favor de elecciones directas de inmediato para la Presidencia, la mayor parte de los políticos participantes en la campaña decidieron suspenderla para facilitar acuerdos de cúpula. La reorientación de los sectores liberales y conservadores de la oposición con vistas a las elecciones indirectas en el Colegio Electoral no fue, como pretenden hacer creer, impuesta por las circunstancias, sino escogida políticamente. La campaña de movilización —esto es, de participación directa— servía para esos sectores como instrumento tendiente a llevar el agua a su molino en las negociaciones con el régimen. Pero como la movilización alcanzó niveles muy superiores a los esperados, empezó a provocar una visible dislocación del eje rector de las oposiciones en beneficio de dirigencias situadas a la izquierda. La apuesta, antes improbable, a favor de Ulysses Guimarães como posible candidato a la Presidencia pasó a adquirir perfiles más nítidos. Y además de él surgía, más a la izquierda, el nombre de Leonel Brizola y —aunque sin pretensiones a la Presidencia— el creciente prestigio de Luíz Inacio Lula da Silva. Como todos esos nombres eran tenidos por inaceptables para el régimen, los sectores liberales y conservadores de las oposiciones decidieron componer las cosas de modo que volviera a alzar el vuelo el nombre, de reconocida "confiabilidad", de Tancredo Neves.

Sé que esta cuestión de las directas no es más que un renglón de una agenda política más compleja en la que el problema general de la democracia ocupa el lugar central. No habría por lo tanto razones que impidieran a los políticos, como representantes de la voluntad popular, hacer sus propias apreciaciones sobre el entorno político. Es en este sentido en el que se entiende como legítima la autonomía de los representantes frente a los representados. No pretendo aquí, incluso porque sería impertinente en lo teórico, razonar sobre un ejemplo de funcionamiento del principio representativo —en este caso, mal funcionamiento— con la noción del mandato imperativo que sólo vale para la democracia directa. Aún así, no veo ninguna apreciación del cuadro político que pudiese legitimar, en nombre de la democracia, la suspensión de la campaña con el visible objeto de facilitar acuerdos contrarios al restablecimiento de las elecciones directas de inmediato. Creo que éste es un caso típico de desobediencia a los principios de la democracia representativa, con vestigio de usurpación típicamente autoritaria.

Y existen riesgos más graves. El gran científico social y pensador liberal Max Weber formó parte, como asesor, de la delegación alemana que fue a Versalles para negociar (o para someterse?) el tratado que puso fin a la guerra de 1914-1918. En esa ocasión sostuvo con el también famoso general Ludendorff, militar de derechas que después apoyaría a Hitler, pero entonces en el inicio de su carrera, un diálogo que vale la pena leer. Al cabo de un buen rato Ludendorff pregunta: "Entonces, ¿usted qué entiende por democracia?" Weber responde: "En una democracia el pueblo escoge un líder en el cual confía. Entonces el líder escogido dice: 'Ahora cállense la boca y obedézcanme'. Desde ese momento el pueblo y el partido ya no tienen libertad de interferir en los asuntos del líder". Ludendorff dice que le gustaría una democracia de ese tipo, y Weber concluye: "Después el pueblo puede dictar su sentencia. Si el líder cometió errores, ¡que lo metan en la cárcel!"⁷

Max Weber no era un hombre cualquiera. Felizmente para él, Weber murió en 1920, trece

7 Gerth y Mills, *From Max Weber: Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1958, p. 42.

años antes del ascenso de Hider en Alemania. En todo caso, su visión de la democracia representativa se convirtió ciertamente en parte de lo que después vino a llamarse el espíritu de Weimar. Difícilmente podría haber profetizado alguien la tragedia del nazismo en Alemania con mayor claridad que Weber en ese diálogo. Tampoco creo que ningún crítico de las estrecheces del liberalismo en lo tocante al sistema representativo pudiera ir tan a fondo en la calificación de las responsabilidades de los liberales en la tragedia del totalitarismo. Es ahí adonde, al final, conducen las pequeñas burlas al principio representativo. Allanan el camino hacia la gran usurpación —siempre catastrófica— del fascismo.

BUROCRACIA Y DEMOCRACIA

Los riesgos de exaltar la democracia directa suelen ser presentados por costumbre como diametralmente opuestos a los de la democracia representativa. Así es, de hecho. Pero acaban por conducir a resultados semejantes.

El principio del mandato imperativo —típico de la democracia directa— según el cual el representante recibe una pauta definida de sus electores para cumplir tales y cuales puntos y no otros, sólo se aplica en casos muy especiales en la política. En cuanto se generaliza, convierte a los representantes en simples procuradores de sus bases, sin capacidad alguna como dirigentes políticos. Dejando de lado situaciones excepcionales —típicas de las revoluciones pero no exclusivas de ellas— el uso del mandato imperativo lleva aparejados riesgos bastante conocidos. El primero es evidente. Siempre se presentan situaciones en las que alguien ha de decidir sobre cuestiones que las bases no podrían discutir. A veces son situaciones triviales, a veces momentos decisivos para la vida de un movimiento político, de un partido o incluso de un país. Si se considera sólo la participación directa como democrática, no tendremos instituciones representativas que puedan rendir cuentas del encargo. ¿Qué alternativa queda, en casos como ése, como no sea la usurpación autoritaria?

Exaltar hasta el extremo el principio representativo acaba siempre, de una manera o de otra, en la supresión de la participación popular. Pero si reducimos el concepto de democracia tan sólo a la democracia directa, llegaremos al mismo resultado ya se trate de una democracia o se hable de una revolución. En cualquier hipótesis, los consejos populares, consejos de empresa, etcétera, han de convivir con partidos y parlamentos. La participación popular que se da, de modo directo, en las calles y en las plazas ha de convivir con la participación en elecciones para parlamentos y para gobiernos. No cabe duda de que existen tensiones entre estos distintos modos de participación popular: En determinados momentos, esas tensiones pueden adquirir un carácter decisivo para los rumbos del proceso político. Pero son esenciales para el juego democrático. Elimínese uno de los lados y todo el juego democrático acabará por quedar suprimido.

Exaltar el principio representativo es una de las principales excusas para los golpes de Estado que conocemos en la historia de Brasil y de América Latina. Si hay fragmentos de la población que se organicen y reclamen, siempre aparece alguien para decir que es el caos lo que se avecina. "El gobierno no toma decisiones bajo presión." ¿No es ésta una frase común en boca de muchos de nuestros gobernantes? Pero ¿por qué no deberían tomar decisiones bajo presión? La presión de los grupos de presión ¿no es precisamente un mecanismo de funcionamiento de las democracias modernas?

Pero la historia registra también innumerables ejemplos en que la exaltación de la democracia directa acaba por proporcionar excusas para los golpes y para la dictadura. El corporativismo fascista —simulacro de democracia directa— permitiría relatar gran cantidad de casos. Pero dejemos de lado en este caso a los fascistas. Tomemos los riesgos de la democracia directa donde se la toma realmente en serio, es decir, en la historia de la izquierda

revolucionaria.

El ejemplo clásico —pero de ningún modo único— es el de la supresión de la Asamblea Constituyente en la Revolución Rusa. Los bolcheviques, entonces en el poder, decían que la Constituyente, elegida antes de octubre, ya no representaba al pueblo. Lo demostraba, decían, el curso de la revolución, apoyado sobre todo en los soviets. Hasta ese punto se puede admitir que tuvieran razón. Pero si ello era cierto, ¿por qué no convocar a elecciones para una nueva Constituyente? No lo hicieron. Y se acabó en lo que se acabó, o sea en la supresión de la democracia representativa y en el agotamiento de la democracia directa. Todo esto lo censuró Rosa Luxemburgo a su debido tiempo.

Transcribo algunas de las críticas de Rosa Luxemburgo. Después de registrar los hechos sobre la Constituyente apoyándose en un folleto de Trotsky, dice:

Todo esto está muy bien y es bastante convincente. Pero no puedo dejar de preguntarme por qué personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que surge inmediatamente de los hechos mencionados. Como la Asamblea Constituyente fue elegida mucho antes del cambio decisivo —la Revolución de Octubre— y como su composición reflejaba el pasado y no la nueva situación, se deduce automáticamente que se debería anular la Asamblea Constituyente ya vencida y convocar sin pérdida de tiempo a elecciones para una nueva Constituyente. No querían ni debían confiar el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de antaño, del periodo de las vacilaciones y de las alianzas con la burguesía. Por tanto, lo único que cabía hacer era convocar una asamblea que surgiese de la Rusia renovada que tanto había avanzado. En lugar de ello Trotsky extrajo de las características específicas de la Asamblea Constituyente que existía en octubre una conclusión general sobre la inutilidad de tener, durante una revolución, cualquier representación surgida de elecciones populares universales".⁸

Unas medidas autoritarias adoptadas en la Revolución Rusa acabaron por convertirse, conforme a cierta tradición de la izquierda, en principios de organización política. ¿Por qué extraña razón no pueden hacer huelgas los obreros en muchos países socialistas? Pues bien, nada más sencillo. Si las empresas son del Estado y el Estado es directamente de la clase obrera, no tendría sentido que ésta declarase huelgas contra empresas que son suyas. Estamos a un solo paso de convertir a los sindicatos en agencias del Estado que, en vez de preocuparse de las reivindicaciones obreras, se dedican a controlar a los obreros para cumplir con los índices de productividad previstos en el plan.

Sabemos que la magia de convertir las circunstancias en principios no habría sido posible sin el totalitarismo reinante en la época de Stalin. Pero la verdad es que Stalin murió hace treinta años y muchas cosas continúan igual. Si ahondamos más en esas magias, hallaremos el principio de la democracia directa transformado en excusa para el autoritarismo. Y ello va ligado a una extraordinaria devaluación del sistema representativo. Si la primera función de cualquier Parlamento es la fiscalización sobre el Ejecutivo, ¿qué significan parlamentos que, como ocurre en muchos países socialistas, sólo se reúnen una o dos veces al año?

El mayor ejemplo, sin embargo, es el del sistema del partido único o, conforme a la Constitución de la URSS, del "partido dirigente". A propósito, ¿por qué definir en la Constitución que un partido determinado es "dirigente"? El argumento, en lo esencial, es el mismo que conduce a anular el derecho de huelga. Si la clase obrera estuviera, por decirlo así, encajada en el Estado, no podría tener más que un partido, precisamente el que creó el Estado obrero. Se anula así el principio democrático representativo del pluripartidismo y se crean las condiciones para un inevitable distanciamiento entre la clase obrera realmente existente y las

⁸ Rosa Luxemburgo, op. cit, pp. 249-50

burocracias estatales y partidistas que dicen representarla. Es, de nuevo, la usurpación del poder.⁹

Cuando Max Weber estaba en su comisión en Versalles, la dirigente revolucionaria espartaquista Rosa Luxemburgo estaba en una cárcel en Berlín. Era el comienzo del primer gobierno socialdemócrata de Alemania, el de Friedrich Ebert. Rosa, la Roja, era la más dura de sus críticos de izquierda. Pero si era implacable con la socialdemocracia, también estaba sumamente atenta a lo que sucedía en la Revolución Rusa. Rosa murió asesinada junto a Karl Liebknecht por varios oficiales reaccionarios alemanes en 1919, unos años antes de que se iniciara el stalinismo. Pero su crítica contra las desviaciones autoritarias de la Revolución Rusa sigue siendo de actualidad aun hoy.

Vale la pena leer:

En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en la totalidad del país, la vida de los soviets se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de imprenta y de reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se vuelve mera apariencia de vida, quedando sólo la burocracia como elemento activo. [...] [surge en consecuencia] una dictadura, por cierto, pero no la dictadura del proletariado, y sí la de un grupo de políticos, esto es, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos. [...] Podemos ir aún más lejos: esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública, intentos de asesinato, secuestros, etcétera.¹⁰

LA DEMOCRACIA Y LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES

Representación y participación directa son adquisiciones irrenunciables de la democracia y de las revoluciones del mundo moderno. Son dos formas de participación popular que perfeccionan la democracia y la capacitan para constituirse como espacio de transformación de la sociedad.

En un país como Brasil, que va a la democracia bajo la hegemonía liberal y conservadora, parece indudable que el horizonte de los dueños del poder, tanto los actuales como los aspirantes, no va más allá de un concepto restringido de democracia representativa. Algunos —en especial en el PMDB— hablan de promover la participación popular. Lástima que donde ocurre tal participación no la apoyen ellos. Se avienen mal con la participación popular, como acabamos de ver en la campaña por las directas y en otros innumerables ejemplos. Y en la misma medida se avienen razonablemente bien con los legados autoritarios que acabaron transformando la democracia representativa en este país en una caricatura de sí misma.

¿Cómo se realizará la lucha por la hegemonía de la democracia que se inicia bajo hegemonía liberal y conservadora? No lo sé, y dudo que nadie pueda contestarlo ahora. Pero sé que habrá lucha y que los partidos y las dirigencias políticas ligadas a los trabajadores

⁹ Vale otra vez la pena transcribir las críticas de Rosa Luxemburgo a las medidas revolucionarias que desde el principio restringen la participación democrática y después conducen al partido único: "La libertad, si sólo es para quienes apoyan al gobierno, si sólo es para los miembros de un partido (por numeroso que sea), no es libertad en absoluto. La libertad es siempre exclusivamente libertad para quien piensa de manera distinta. No a causa de un concepto fanático de 'justicia', sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial. Y su efectividad desaparece tan luego como la 'libertad' se convierte en un privilegio especial" (Rosa Luxemburgo, op. cit., p. 257).

¹⁰ Rosa Luxemburgo, op. cit., pp. 259-60.

deberán desarrollar un amplio programa de democratización del Estado y de la sociedad brasileños.

Después de maltratar tanto en el pasado el concepto de democracia, la historia brasileña exige ahora el reconocimiento de la democracia en pleno sentido. Cuando digo que el sentido de la revolución de Brasil será el de crearnos la democracia, tengo claramente presente que ésta es una tarea que va mucho más allá de discusiones de carácter institucional, aunque no pueda ni deba dejarlas de lado. Crear una democracia en un país como el nuestro supone ciertamente el restablecimiento de las elecciones directas a todos los niveles, el pleno restablecimiento de las prerrogativas del Congreso, la independencia del Poder Judicial, la derogación de la Ley de Seguridad Nacional, la supresión de las leyes que impiden el ejercicio de la libertad y de la autonomía sindical, la supresión de las leyes que impiden la libertad de organización partidista, la desactivación de los órganos de la llamada "comunidad de seguridad".

Pero supone también alteraciones drásticas en la política económica, dando un cambio de dirección al funcionamiento de la economía para atender las demandas populares. ¿Cómo puede funcionar la democracia en un país en el que cerca de treinta millones de personas vegetan en una condición de miseria absoluta? Y no queda en eso. Es evidente que la democracia deberá contribuir a suprimir las extremas desigualdades sociales que impiden a la mayoría del pueblo el acceso a la ciudadanía. En este sentido la realización de una reforma agraria es una tarea democrática urgente.

Si llegamos a entender que la democracia, en el mundo moderno, sólo existe con participación de los trabajadores, la verdadera lucha por la democracia empieza ahora. Una democracia moderna es una democracia en la cual la mayoría del pueblo no esté confinada a la condición de ciudadanos de segunda clase. En la cual, por tanto, la mayoría del pueblo —y no sólo una minoría de privilegiados— esté en condiciones de volverse dirigente. En la cual todos los trabajadores —y no sólo una minoría entre ellos— pueda salir públicamente "a decir su propia verdad". El programa de una democracia moderna en el Brasil es el de una verdadera revolución.

Cabrán ciertamente a los sectores populares de las actuales oposiciones —los únicos, en verdad, que seguirán siendo oposición mañana— un papel decisivo en esta lucha. Pienso aquí en los partidos ligados al movimiento obrero y popular, en particular el PT. Pero también en el conjunto de las instituciones ligadas al movimiento obrero y al movimiento popular. Sería ingenuo pensar que un solo partido político o incluso varios partidos puedan dar cuenta de un programa tan vasto. Estamos entrando en una etapa de amplio desarrollo de los consejos populares, consejos de empresa, sindicatos, uniones de barriada, comunidades de base, asociaciones profesionales, asociaciones culturales, etcétera, etcétera. Una democracia real en un país como Brasil no sólo presupone un pluralismo partidista sino también el pluralismo institucional —y hasta social— de los movimientos populares. Es el desarrollo de todo este complejo de instituciones populares lo que permitirá en el futuro cambiar el eje de la transición.

¿Y EL SOCIALISMO?

Vuelvo a la pregunta que se halla al principio de este capítulo y, en verdad, al comienzo de mis preocupaciones al escribir este ensayo. ¿Será socialista la democracia en el Brasil? Si, si los que luchamos por el socialismo hacemos los merecimientos. Y una de las maneras de merecerlo está en comprender que jamás llegaremos al socialismo sin una amplísima y compleja lucha por la hegemonía democrática. Una lucha que implica un enorme número de cuestiones resueltas hace mucho por el capitalismo en diversas partes del mundo, pero también algunas —por ejemplo, la reorientación de la política económica y el control sobre el

funcionamiento del gran capital— cuyas soluciones se emplazan en los linderos del socialismo.

La peor manera de que los socialistas se enfrenten a una lucha tan amplia y compleja será la de convertir las ideas del socialismo en simple artículo de propaganda. Quien vive por ahí gritando "viva el socialismo" a propósito de todo y de cualquier cosa podrá sentirse interiormente satisfecho de oír el sonido de su propia voz. Pero eso no ayuda gran cosa. Será sobre las cuestiones concretas como se habrán de construir en el país alternativas de poder popular que en el futuro lleguen a constituirse en la base de una nueva sociedad socialista y democrática. Y quien siga soñando que el poder es algo que sólo se toma, habrá de pasar por la experiencia de construirlo en la lucha cotidiana. O eso, o el poder que realmente ha de ser tomado no lo será nunca.

El socialismo no puede ser presentado sólo como la idea del futuro. Todo futuro empieza siempre en el presente. El hecho de que la mayor parte de los problemas vividos en el país sean susceptibles de solución bajo el régimen capitalista alimenta las perspectivas de la hegemonía liberal sobre la democracia brasileña. Pero el que sean problemas, en la mayor parte, susceptibles de solución en el capitalismo no es ninguna garantía de que hayan de ser resueltos.

Del mismo modo, el hecho de que los liberales hayan tenido hasta aquí la hegemonía en el frente de las oposiciones que empujan hacia adelante la transición no significa que estén destinados a la hegemonía en la democracia que debe venir. Sabemos que el frente liberal burgués que se apresta ahora a gobernar el país arrastra un pesado lastre de conservadurismo. Y que además de sus propios conservadores tendrá como contrapeso por la derecha los restos del régimen militar que ahora se ponen bajo la dirección de Maluf. El próximo gobierno, cualquiera que sea, no sólo será un gobierno de crisis, sino también probablemente un gobierno en crisis. Sería una lamentable ingenuidad hacer frente a semejante situación con simples gritos de euforia radical. Pero también sería un error descartar la posibilidad del socialismo.

La democracia por la que luchamos ¿será socialista? El futuro lo dirá. Son muchos los que ya están en la lucha, que además no empezó ayer. Pero creo que el número de los que luchan viene aumentando y ha crecido mucho cuando hemos ido descubriendo poco a poco un "nuevo modo de andar" y con él un nuevo camino. Quien venga observando a lo largo de los años las muchas maneras en que los trabajadores afirman su independencia en la política, podrá admitir también que no está lejano el día en que rebasen el estado actual de sus luchas de resistencia para presentarse ante el conjunto de la sociedad brasileña con alternativas propias de poder.

Ese día el socialismo dejará de ser consigna abstracta de unos cuantos para convertirse en el programa concreto de transformaciones que la mayoría preconiza para la sociedad brasileña. El pasado de nuestra tradición conservadora y autoritaria sólo pesará sobre sus legítimos herederos, los conservadores y los autoritarios. Y por más que ello pueda sorprender a los asesores del gobierno Reagan, ya no habrá en la izquierda y en el movimiento obrero y popular equivocaciones sobre el sentido de la democracia y el significado de la revolución. Es que entonces la lucha por la democracia será también la lucha por el socialismo.

[Tomado de Francisco C. Weffort *¿Por qué democracia?*, ed. Brasiliense, São Paulo, 1986. Traducción de Julio Colón]